
ESCORPIO



Juan Ortuño Mora / Facultad de Derecho

... la gente que se da citas precisas es la misma que necesita papel rayado para escribirse o que aprieta desde abajo el tubo de dentífrico.

JULIO CORTÁZAR / *Rayuela*

Por la tarde se escucha el bramido del mar, un bramido ronco y prolongado, acorde con ráfagas de viento que traen un olor a mariscos muertos. La playa se puebla de conchas, caracoles, de estrellas de mar que en la arena estampan sus huellas; de gaviotas que vuelan en el horizonte ahogando sus gritos en el agua ennegrecida. Por las noches se nubla y llueve. El lugar sin embargo es agradable: la choza está en los acantilados y desde la ventana se mira la bahía / de azul intenso y estático /, un embarcadero rústico, lanchas de remos viejas y cuarteadas; niños desnudos arrojándose pelotas de arena. Paso el día sin hacer nada, con esta abulia que se me ha vuelto patológica. Pensando a todas horas en Gabriela, tratando de asir su recuerdo, de someterlo. Viendo cómo su imagen se rebela a ser aprehendida en mi memoria y se me escabulle, cómo emerge hecha pedazos como las piezas de un rompecabezas que hay que acomodar para formar la figura deseada; la imagen que vi la última vez, nebulosa, onírica: de perfil, recordada a través de los cristales mojados del MG aquella tarde lluviosa, con los ojos cerrados, a punto de llorar. Yo sabía que ibas a decirme algo desagradable: tomaste la noticia y le diste vuelta a los bordes / como si fuera una moneda / antes de soltármela. Esa situación absurda me hizo recordar el principio, cuando te conocí: Lauro y yo caminábamos por la acera; con los ojos cerrados y del brazo de Lauro que era mi lazarillo, caminé sosteniendo un bombín para pedir limosna. Él me condujo hasta donde estaba Gabriela y yo no supe qué hacer: ella sonrió, sacó unas monedas que depositó en el sombrero y se perdió entre la gente. Es la chica

del MG que te dije. . . pero no pude escuchar lo demás que Lauro me decía. Hoy la memoria sólo expulsa fragmentos de tu imagen: el cuerpo delgado, flexible, de ademanes nerviosos. El rostro pálido, ojos cafés y pestañas espesas, enormes. Los dientes de enfrente grandes como de conejo; la voz seca, grave, apagada. El conjunto ofrecía un aspecto indefenso, frágil. Inspiraba ternura. No sé qué siento ahora que estás lejos, que manejas sin rumbo en tu MG / ¿dime, Gabriela, piensas un poco en mí? / ¿Me recuerdas? (—¿ves cómo eres Juan?, me dan ganas de decirte una grandota—. Estábamos en la escalera del edificio y el ruido de los otros departamentos / televisión, música clásica, niños llorando / atenuaba nuestra discusión. Bajabas con tu equipaje y al verme en la entrada dijiste que no estabas dispuesta a seguir viviendo conmigo). Yo te admiraba mucho. ¿No te lo dije nunca? Admiraba tu modo de ser: admirarte a través de cómo piensas, de cómo vistes / faldas escocesas y pulovers / es una manera también de amar. Me duele haberte comprendido mal; dejarte de ver largos periodos para volver después a ti y encontrarte cada vez más diferente, más nerviosa, presa de esos ataques de histeria. Una mañana de diciembre te encerraste en tu mutismo y no quisiste salir de él. Hacía tres meses que no nos veíamos y tú estabas más incomprensible que nunca. No sé si entonces ya te amaba / esa vez por la noche te volví a ver: era domingo y principiaba Navidad. Entramos a un café. Me abrazabas y principiaste a llorar. Me levanté y marqué al azar una melodía en la rocola. Cuando regresé a donde estabas se te había corrido el maquillaje y te miré con ternura:

—no me veas Juan, estoy fea.

—ten / le ofrecí mi peine / el aire te despeinó.

—no!, no me veas. . .— Gabriela ya me había dicho de esas depresiones que sufría, instantes sobrecargados de nostalgia, de una melancolía que la hacía llorar y tener miedo /

—por qué me tiene que suceder todo a mí, Juan, ¿por qué? Por qué todos son felices; todo mundo ríe y yo no, ¿eh?, ¡no lo puedo creer! —. Al hablar así, Gabriela adquiría una palidez transparente, hacía gestos y ademanes nerviosos: —en una ocasión me estaba bañando y se me ocurrió abrir las dos llaves; bueno, en un momento se llenó de vapor todo el baño y me dio tanto miedo que tuve que gritarle a papá. Cuando fuimos a Pie de la Cuesta las olas tan inmensas, verdes, oscuras. Quise meterme pero me dio tanto miedo; me sentí / cómo te diré / muy pequeña y sola en esa inmensidad de agua. Me sentí muy triste; como que indefensa, no sé. Papá dijo que era yo muy aguada. Él siempre ha sido mi ídolo. Ya dije que para casarme tiene que ser con alguien como él—. El café se fue quedando desierto / —pensé mucho en lo que me dijiste hoy en la mañana, Juan (—has cambiado Gabriela, tus amigas te han cambiado. Tú dices que no porque estás dentro del círculo y no puedes advertir el cambio. Tu miopía te lo impide), tal vez he cambiado y tú has vivido este tiempo con el recuerdo de como era yo antes, y hoy ya no me quieras. Pero me daba pena contarte mis estados de ánimo. Tú también tienes problemas y no tengo por qué preocuparte con los míos. . . creo que dejaré el estudio para ponerme a trabajar, Juan, ya no me siento una colegiala—. Esa vez era domingo y principiaste a llorar. Últimamente siempre estabas triste, distante. Cuando te vi reír fue porque un niño se orinaba en la banqueta: pasamos junto a él y te salpicó las piernas. Reíste mucho. . .

en la penumbra de La Hostería del Bohemio lograda con quinqués de hojalata y candilejas macilentas, Gabriela parecía estar muy feliz. Pero su mirada brincaba de una mesa a la siguiente, como buscando algún conocido. La mía la seguía también, brincando de un lugar a otro / La apreté fuerte, hasta hacerle daño /

—nada más me estás cuidando la mirada.

—escoge entonces: te cuido la mirada o te saco los ojos.

—me duele que no me tengas confianza; por eso lo hago. . .

—vámonos, hay demasiados muchachos y nada más te están viendo—.

No recuerdo si el diálogo fue así. Tú no me vas a dejar mentir cuando leas esto, Gabriela. La mejor impresión fue la de la salida: había principiado a llover, el pianista improvisaba un tema musical de Ortolani / “Nunca te amaron más” / y la fuente dejaba caer con sordina sus chisguetes verdosos. Esto es lo que capté yo / Quizá hubo algo inaprensible: tú has de haber pensado que esas gotas en tu cara eran de lluvia. No sé, tal vez pensabas en la ropa que usarías al día siguiente. Vas a decirme que faltó algo, pero todo lo recuerdo bien, Gabriela: corrimos tomados de la mano por Reforma, alucinados por el neón chillante y las bocinas desatadas de los autos, mientras la lluvia amenazaba caer más fuerte. . . Llegamos empapados a donde habías estacionado el MG. / Hoy, al redactar esto, me pregunto dónde estás. Dime, ¿dónde?; porque es agradable ponerse a recordar mientras cae la lluvia; recordarte en la soledad de estos corredores, de estos arcos vacíos y silenciosos. Te acuerdas de aquel día de octubre en los quince años de Margarita / Bailamos mucho y yo me sentí muy feliz. Como era la primera vez que me ponía zapatillas, al otro día tuve ampollas; imagínate: todo el tiempo anduve con sandalias. Ese domingo pensé en ti, aunque en la noche no fuiste a verme. En los ensayos del vals nos encontramos, ¿te acuerdas? Me dijiste que yo nunca hablaba en serio y a mí me dio mucha muina; esa vez me vieron llorando mis amigas. Eras muy malo conmigo. . . / Una noche te enojaste y tuve que correr tras de ti para pedirte perdón. Aquí me he ido curando: ya no estoy nerviosa ni me deprimó y a veces me dejan que papá venga a visitarme. Sólo traje mi mascota, un oso que me regalaste; lo quiero por / cómo decírtelo/ por feo, por pequeño. Los ruidos que llegan hasta aquí no pueden identificarse. La lluvia se atenúa, se vuelve raquítica; pero, ¿dónde estás?, necesito encontrarte, verte aunque sea de lejos. Ya ves, te dije que si no era contigo no me casaba con nadie, y lo he cumplido; nunca te dije que me daba vergüenza que descubrieras que nadie antes me había besado, por eso jugaba contigo: me escapaba de tus brazos hasta que te enojabas, entoces dejaba que metieras tu lengua agrídulce en mi boca, me gustaba tanto. Mis libros estaban llenos de tu nombre y todo el tiempo recordaba tus frases, las repasaba. Me encantaba que me platicaras cómo se hacían las incisiones, cómo se ligaban las venas y las arterias: me encantaba que me platicaras tus cosas. El día que operaste tu primer perro yo me puse nerviosa y recé; si se moría yo estaba segura que te frustrarías en tu carrera. Cuando te vi pidiendo limosna, aparentando estar ciego, me enamoré de ti. Qué feliz fui cuando vivimos en tu departamento; por las noches me ponía tu pijama y con él me veía ridícula. Recuerdo las noches en que se me helaban los pies y que tú me los calentabas. Los fines de semana no salíamos a la calle porque tenías que estudiar; yo me aburría pero nunca te lo dije. ¿Te acuerdas?, me prohibiste ver televisión mientras leías. Me hacías llorar a menudo y en ese tiempo principiaste a llegar borracho: querías dejar la Universidad. Cuando me encontraste con mis maletas en la escalera del edificio, quise decirte que te amaba, que sentía deseos de quedarme, pero tú no supiste comprenderme. Hasta me habías acostumbrado a tus majaderías. Todas las tardes, mientras la campanilla repiquetea, ellas se levantan y caminan por entre los corredores, se forman, pero yo solamente pienso en ti. Y cuando llueve fuerte, como hoy, me gusta recordar, imaginar lo felices que seríamos aún; hasta que vienen las hermanas y me interrumpen en mis sueños, y dicen: “Esta Sor Gabriela, siempre en las nubes. . .”

buscarla para mí fue una pesadilla; no dejé lugar sin registrar. Pensando que había muerto, decidí buscarla en el más allá, por medio de un centro

espiritista: una estancia poblada de veladoras y flores blancas. La médium se puso en trance para dejar que el espíritu de Gabriela acudiera al lugar donde era invocado: al poseer a la médium, ésta principió a convulsionarse y a llorar; después escuché una voz delgada /lejana, hueca/ entrecortada por el llanto, que decía: “¿quién me llama? . . . ¿Quién me llama?”, le dije mi nombre y la voz se oyó más alejada y flemática/ “Juan, ¡óyeme! Soy tu hermana Gabriela. Así debes llamarme porque desde que desencarné dejamos de ser amantes. Debes rezar por mí y perdonarme. . . ¡Perdóname! Me da miedo esta oscuridad, este abismo. Necesito luz, demasiada luz. Debo irme, adiós hermano, reza por mí . . .” La médium volvió a convulsionarse como al principio y se quedó dormida, en letargo, y una anciana vestida de blanco le limpió los lagrimones que aún surcaban su rostro. Al salir de ahí, me sentí más vacío que nunca . . .

serían las seis de la tarde cuando salieron del colegio. Tú ibas formada con las internas/

—¡Gabriela!, Juan vino a buscarte. Míralo: está en la esquina.

—¡ajá!— Ya en el MG tomaste la noticia por los bordes / como si fuera una moneda/ y me la soltaste:

—creo que esa es mi vocación, Juan: fui a ver a las Carmelitas Descalzas—. Después agregaste algo sobre el convento, pero ya no escuché qué era. Afuera llovía y nuestra respiración iba empañando los cristales del auto/

—lo siento por nosotros, Juan; pudimos haber sido tan felices. ¡Ayúdame, no sé qué hacer!: así lo quiere mi padre . . . no sonrías no te encojas de hombros; eres cruel, Juan. Papá dice que te deje, que me has vuelto triste, que me absorbes; que me has cambiado—. Le dije que no fuera mala, que me viera; la voz se me entrecorta, por favor Gabriela, te lo suplico, vuelve al departamento. Lo siento solo, Gabriela; te extraño mucho (—ya no me importa que no te cases conmigo, Juan; lo que no quiero es perderte), me haces mucha falta, te lo suplico, Gabriela . . . Ella lloraba pero ya no quiso escucharme. Dijo que necesitaba pensar, que le hablara más tarde. Abrió la portezuela del MG y desde adentro me dijo que me fuera, que le hablara más tarde. Me levanté el cuello de la gabardina y caminé despacio, dejando que la lluvia me mojara, recordando el rostro de Gabriela, tal como acababa de verlo: de perfil, onírico, recortado a través de los cristales del auto; emergiendo de esa penumbra en que se sumía el atardecer.

hasta aquí todo lo recuerdo bien. Lo demás se torna nebuloso, inaprensible/ Salí a buscarte porque la línea telefónica estaba ocupada. Al llegar a tu casa me dijo la sirvienta que habías salido en el coche. Llovía fuerte y pensaste que no te buscaría; habías salido a encontrarme. Debimos habernos cruzado en el camino, porque al regresar al departamento ya no estabas. . . te seguí buscando. Después volví a llamarte por teléfono pero nadie contestó. En la noche, en Narvarte, fui a una cabina telefónica: el tipo que hablaba se tardó por lo menos diez minutos. Cuando contestaron en tu casa la sirvienta dijo que acababas de salir, que no hacía mucho rato, que no le dijiste a dónde ibas. Yo te seguí llamando durante semanas, pero nunca contestaste, hasta que tu padre me prohibió que volviera a llamar (—ya no me busques, Juan; no sé si aún te quiero; estoy confusa. No sé qué hacer, pero te digo una cosa: yo sólo creo en el destino, Juan), aquí principió la búsqueda: andar vagabundeando por las calles con la esperanza de encontrarte hasta que fui al centro espiritista. Una vez, al salir del billar/

en el billar no había muchos jugando. El tipo que estaba con Lauro / un greñudo, de pantalón ajustado/ hacía combinaciones con las pelotas de *pool* y deshivnaba su monólogo a intervalos, dándose tiempo para fumar/

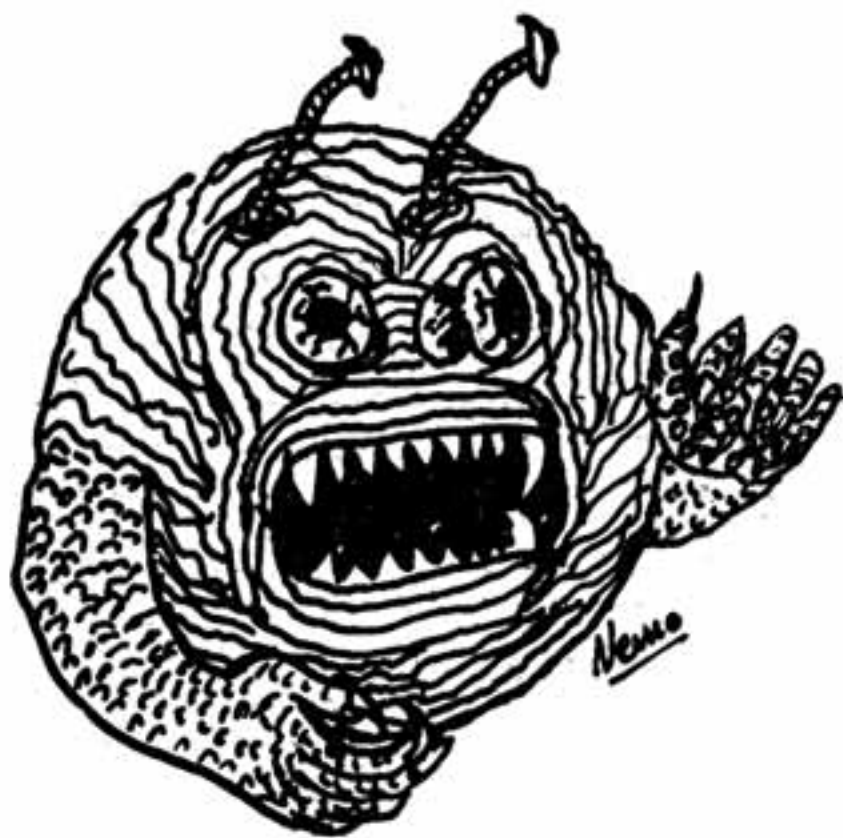
—se me pegó y ¡zas!: que nos damos un besote. Vieras visto la cara que puso

mi gorda, y yo, cagado de la risa. Nada más recuerdo el gesto que hace para besar: ¡asusta! . . .— Caminaba por toda la mesa, buscando la mejor adecuación para hacer el tiro. Lauro seguía con la vista todos sus movimientos/

—yo me quemé con ella. Era bien decente; pero que vamos al cine un día, era una película de guerra: que los nazis, que ¡quién sabe cuántas madres!; que le pongo una mano en las piernas y ella que no chista nada. Que principio a subirla; después, tú te imaginas . . . yo sé que es bien gacho hablar así de una vieja, pero ésta ya está bien calabaceada. Quiere traerlo a uno jodido con su cochecito—. Dio otra fumada a su cigarro y exhaló el humo/ —no quise llegarle, pero era bien fácil. Quería terminar conmigo pero que le digo: si te veo con otro buey, les voy a dar a los dos una madriza bien dada; él era un cuate quesque estudiaba para veterinario, o ¡no sé qué mamadas! Cuando me cayó otra gorda, a ésta, pas: que la mando por un tubo—. Ya en la calle, Lauro me dijo que hablaba de Gabriela.

/esa vez, al salir del billar, decidí venirme a vivir aquí. El mar enronquece sus bramidos, el aire huele a yodo y mariscos muertos; la bahía se puebla de lanchas diminutas y hasta los acantilados llega la brisa revuelta con gritos de gaviotas. Yo tomo el rompecabezas que es el recuerdo de Gabriela y trato de ordenar sus partes, trato de asir y someter ese recuerdo que cada día se vuelve más nebuloso (—qué nos pasa, Juan, ¿eh?, ¡dimel! ¿ya no me quieres?, entonces . . . tengo miedo, Juan . . .—) tratando de saber dónde estuvieron nuestras fallas, Gabriela, qué es lo que nos separó. Haciendo que tu recuerdo se me vuelva obsesivo (—perdóname Juan. Me he vuelto cínica pero a ti no quiero hacerte daño).

Lauro me escribe algunas veces. Me dice que sigue frecuentando los burdeles y llevando su vida equivocada de bohemio; apasionándose por todo, peleándose en la calle. Me cuenta que lleva dos intentos de suicidio: en el último se cortó las venas y dice que le dan risa sus muñecas cicatrizadas. El alcohol y el tabaco lo han ido enajenando, aislándolo de este “ambiente mierda” como él lo llama. En su última carta me dice que no está seguro, pero cree haber visto a Gabriela trabajando en un cabaret de Niño Perdido; que ella se sorprendió primero y después trató de no reconocerlo. También me envió una fotografía donde Gabriela y yo bailábamos bajo la lluvia y él sostiene un paraguas para que no nos mojemos: los tres nos estamos riendo. Esto casi lo había olvidado . . .



dibujos de José Nemorio